





PLANETA

JUVENIL

# EL ESPECTÁCULO Y OTROS RELATOS

ANTONIO VENTURA

ILUSTRACIONES DE SARA TOMATE

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
© de las ilustraciones Sara Tomate, 2016

© Antonio Ventura, 2016  
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5565-5  
ISBN 10: 958-42-5565-7

Primera impresión: octubre de 2016

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## ANTONIO VENTURA (biografía)

Se diplomó en Magisterio en 1977. Cursó Historia Moderna y Contemporánea, sin llegar a licenciarse, en la Universidad Complutense de Madrid. Entre 1977 y 1993 trabajó en la escuela pública. Entre los años 1989 y 1993 sincronizó la docencia con el asesoramiento pedagógico en las editoriales Alfaguara y Altea.

Entre 1993 y 2008 trabajó en la editorial Anaya, creando en 1997 la colección “Sopa de Libros”, y dirigiendo el departamento de publicaciones infantiles desde 2002. En abril de 2009 ingresó en Oxford University Press España para dirigir las publicaciones infantiles y juveniles, y creó la colección “El Árbol de la Lectura”. En junio de 2009 fundó ediciones El Jinete Azul, siendo en la actualidad su director editorial. En 1989 fundó la revista *Babar* y en 2007 creó la publicación *BLOC*. Tiene publicados más de una treintena de libros para niños, jóvenes y adultos.



## CONTENIDO

El espectáculo .....	11
Acorralada .....	17
Deseo, enamoramiento, amor. Desengaño.....	21
El escritor eficaz.....	25
El sonido de la lluvia contra el cristal del estudio.....	29
El río baja con mucha agua .....	33
Hoy mi madre, me ha comprado mi primera caja de pinturas Alpino .....	37
Llegué, sabía que era mi paraíso.....	41
Mis zapatos se encontraban ya .....	47
Muñecas rusas.....	51

Porqué sus piernas... ..	57
¿Puedo tutearte? .....	61
Yo tenía doce años y ella veintiuno.....	67







## EL ESPECTÁCULO

*A Julio Cortázar*

**Y**a estoy cansado de esta postura, pero en las ceremonias, ya se sabe, a cada uno le asignan un lugar y no tiene opción de elegir. De todos modos, no puedo quejarme, a otros les ha tocado —probablemente por su lugar periférico en la familia— tener que estar de pie. Sin ir más lejos al tío Alejandro y su primo Rodolfo, allá los dos, al fondo, más en el pasillo que dentro del salón, desde aquí solo les veo la cabeza; por otro lado, casi mejor para ellos, son poco amigos de estos ritos y, en cuanto se descuiden sus respectivas mujeres, que, por cierto no las veo, quizá no hayan llegado aún, o estarán en el cuarto de baño dándose unos últimos toques al peinado o repasándose concienzudamente la pintura de los labios o el colorete que las hace a las dos parecer muñecas peponas, se escaparan

a la escalera a fumarse un cigarro. Esos pitillos tienen la furtividad de los que nos fumábamos en los baños del colegio los niños de mi generación; ahora, o directamente fuman en la puerta de la escuela a la vista de los maestros, o son abiertamente ecologistas y le recriminan, incluso al padre, ese cigarrillo de después de comer. Es lo que tienen estos compromisos familiares: tanta gente en una casa, y además los niños, que se cansan enseguida, y los fumadores no tienen más remedio que aguantar todo lo que pueden y al final no les queda más remedio que enfrentar alguna mala cara por su abandono temporal del escenario para echar un cigarro clandestino. Seguro que la tía Carmen estará vigilando que ningún hombre se meta en el baño grande, que es el que con toda probabilidad ha dedicado a las mujeres por tener esos dos lavabos seguidos y ese espejo que parece el del camerino de una gran *vedette*; no es la primera vez que lo ha hecho. Todavía me acuerdo que en la comunión de Angelito, ahora ya casi los niños no hacen la comunión y los que la hacen, sus familias no lo festejan en la casa, sino en esos salones dedicados a celebraciones, que son espantosos y todos iguales, puso una cartulina pegada en la puerta con un rótulo en el que podía leerse: “sólo para señoras”. Y mi sobrina Delia con toda su inge-

nuidad le preguntó: “Tía ¿y si yo quiero hacer pis, me voy al del pasillo?”. “No cariño, por favor, ¿cómo vas a ir tu a ese que no tiene pestillo? Ese para los hombres, que lo dejan todo perdido, a más de uno la próstata ya no le funciona, seguro que enseguida estará hecho un asco. Ya le diré a Fátima que pase el trapero de vez en cuando. No, mi amor, tú cuando tengas ganas de hacer pis, entras en este, pues no serás una señora, pero eres una princesa”. Por cierto, observo que han dejado dos sillas libres junto a este balcón, serán para la abuela Cayetana y su marido, el coronel. No sé por qué al abuelo la familia nunca lo ha llamado por su nombre, siempre ha sido el coronel, no sé si por darse importancia o por no haberlo aceptado nunca. Pobre Ramiro, no sé cómo sería en el cuartel, pero en casa la que ha mandado siempre, la que ha llevado el sable, como decía el tío Manolo, ha sido el sargento de su mujer. Por cierto, el sable, espero que no se le ocurra traerlo, pues luego, tras las insistencias de la tía Carmen de que lo deje en la habitación de los abrigos, que pesa mucho, que se va a cansar cargado con él, terminará en manos de Manolín o de Santi persiguiendo a los más pequeños por el pasillo como si estuvieran en una película de piratas, y alguno terminará, seguro, en la Casa de Socorro. Qué antiguo suena eso de la

Casa de Socorro; ahora ya nadie se acuerda de esos lugares que más parecían una oficina siniestra que un establecimiento de atención sanitaria, con aquella iluminación administrativa de fluorescentes turbios o bombillas de cuarenta vatios; esa iluminación sólo se conserva—no sé si como reminiscencia de esos tiempos— en los cuarteles de la Guardia Civil. Ahora lo llevarían al servicio de urgencias de un gran hospital. Todo ha cambiado tanto en tan poco tiempo que uno no se da cuenta. ¡Que si ha cambiado! Ahí mismo observo a Javier que ha venido con su pareja, eso me gusta, seguro que el ala conservadora de la familia estará indignada; ya veo al tío Rogelio y a su querida esposa, diciéndole a la tía Carmen pero qué se han creído, que esto es una vergüenza para la familia, que la culpa de todo la tienen los socialistas con eso del matrimonio entre homosexuales. Además, ver a Javier tan contento con Fernando me alegra, aunque no es esta la mejor circunstancia para tener tal sentimiento. Al que en cambio no veo, seguro que no se ha atrevido a venir con su reciente pareja, es al tío Bernardo. Hubiera sido todo un espectáculo ver a Rogelio o a su hermano, los dos celadores de la reserva espiritual de occidente, haciéndose los simpáticos ante Vanessa, y a sus mujeres indignadas, recriminando esa nueva

aventura inmoral de mi tío, que ya no mira nada, ni siquiera lo que pensará la pobre de su hija, esa santa, encerrada en vida cuidando de su madre, además de que ya veremos qué pasa cuando esto se sepa en la empresa. Bueno, y como siempre las vecinas, las tres Manolas, como las llama mi amigo Carlos, que parecería que se hubieran escapado de *Doña Rosita la soltera*, y yo siempre le decía que éstas eran mucho más viejas, que más se parecían a las plañideras de ese cuento de Cortázar en el que el narrador y su familia se apropian de los velatorios del barrio. Pues ahí están, en primera fila, las tres arregladas con sus mejores lutos, dispuestas a darle ambiente al funeral, el último al que asistiré, pues es el mío y, en cuanto cierren esta tapa, se acabó el espectáculo.

